

## *El poeta resucitado*

El nuevo Lázaro se sacudió como un perro mojado y salió del cementerio. Eran las tres de la tarde y por todas partes estaban pegando los cartelones referentes a la movilización.

ESTE ES  
EL ATAÚ  
D EN QU  
E ÉL YA  
CÍA PÁL  
IDO Y P  
UDRIÉ  
NDO  
SE

Reclamó en la gendarmería un duplicado de su libreta militar, y como estaba en el servicio auxiliar se hizo trasladar al servicio activo.

Vivía desde hacía unos tres meses en la guarnición del noveno regimiento de artillería de campaña en N. m. s.

Una tarde, a eso de las 6, leía melancólicamente este extraño anuncio que decora una pared en una callejuela próxima a les Arenes:

LA  
CASA PLATÓN  
NO TIENE SUCURSAL

Cuando a su lado se irguió un extraño brigadier, que formaba parte de su regimiento y cuyo rostro estaba cubierto por una máscara ciega.

—Sígueme —le dijo la máscara extraña—. ¡Y cuidado con el ajeno! ¡Atención!

—Le sigo, brigadier —dijo el nuevo Lázaro—; pero, dígame, ¿está usted herido?

—Tengo una máscara, artillero —dijo el brigadier misterioso—, y esa máscara oculta todo lo que desearías saber, todo lo que querrías ver, oculta la respuesta a todas tus

preguntas desde que has vuelto a la vida, enmudece todas las profecías y gracias a ella ya no te es posible conocer la verdad.



Y el artillero resucitado siguió al brigadier enmascarado y llegaron a la iglesia de los Carmelitas y tomaron el camino de Uzes, que llevaba a los cuarteles.

Entraron, atravesaron el patio de honor, fueron hasta el parque, detrás de los edificios, y allí, apoyándose contra la rueda izquierda de un 75, el brigadier se desenmascaró de pronto y el poeta resucitado vio ante sí todo lo que quería saber, todo lo que quería ver.

En grandes paisajes de nieve y de sangre, vio la dura vida de los frentes; el esplendor de los obuses que estallaban, la mirada desvelada de los centinelas exhaustos de fatiga; el enfermero que da de beber al herido; el sargento de artillería, agente de enlace de un coronel de infantería, que espera con impaciencia la carta de su amiga; el jefe de sección que inicia la guardia en la noche cubierta de nieve; el Rey-Luna flotaba encima de las trincheras y gritaba, no ya en alemán sino en francés:

«A mí me toca quitarle la corona que di a su abuelo».

Al mismo tiempo lanzaba pequeñas bombas de angustia y de locura sobre sus regimientos bávaros; en el cuerpo de garibaldinos, Giovanni Moroni recibía una bala en el vientre y moría pensando en su madre Attilia; en París, David Bakar tejía pasamontañas para los soldados y leía L'Echo de Paris; Viersélin Tigoboth conducía un cañón automóvil belga hacia Ypres; Mme. Muscade cuidaba a los heridos en un hospital de Cannes; Paponat era sargento furriel en un parque de infantería en Lisieux; René Dalize comandaba una compañía de ametralladoras; el pájaro de Benin camuflaba piezas de artillería pesada; en Szepeny, Hungría, un elegante viejecito se suicidaba ante el altar donde reposa la urna de Santa Adorata. En Viena, el conde Polaski, cuyo castillo está en los alrededores de

Cracovia, compraba a un ropavejero una extraña máscara en forma de pico de águila, el feldwebel Hannes Irlbeck ordenaba a sus reclutas asesinar a un viejo sacerdote ardenés y a cuatro jovencitas indefensas; el viejo ventrílocuo cómico Chrislam Barrow daba funciones en los hospitales de Londres para distraer a los heridos.

Después el poeta resucitado vio los mares profundos, las minas flotantes, los submarinos, las poderosas escuadras.

Vio los campos de batalla de Prusia Oriental, de Polonia, la calma de una pequeña aldea siberiana, combates en África, Anzac y Sedul-Bar, Salónica, la elegancia desollada e infinitamente terrible del mar de trincheras en la piojosa Champana, el subteniente herido que llevan a la ambulancia, los jugadores de baseball en Connecticut; y batallas, batallas; mas en el momento en que iba a ver el fin de todo, y sobre todo aquello que deseaba conocer, el brigadier se puso nuevamente su máscara ciega y dijo antes de irse:

—Artillero, has faltado al llamado. Has estado ausente.

En aquel momento la trompeta tocó las tiernas, melancólicas notas de la extinción de los fuegos. Levantando la cabeza antes de volver a su cuadra, el poeta resucitado vio que en el cielo las estrellas se habían agrupado y que sin apagarse se deshojaban en perfumados pétalos: y, puntos de impacto de millones de gritos lanzados por la tierra y por el cielo, formaban esta deslumbrante inscripción:

V I V A F R A N C I A  
D U E R M E E N S U  
C A T R E C I T O D E  
S O L D A D O M I  
P O E  
T A  
R E  
S U  
C I  
T A  
D O



Apollinaire a los 36 años, tras recibir una herida de metralla (1916) (foto coloreada)

Después se marchó como los otros con un destacamento...

Y el frente se iluminó, los hexaedros giraron, las flores de acero se abrieron, las alambradas de púa enflaquecieron de deseos sangrientos, las trincheras se abrieron como hembras ante los machos.

Mientras el poeta oía maullar los obuses sobre los hipogeos que cavan los soldados, una Dama maravillosa acariciaba su collar de hombres atentos, ese collar sin igual, gargantilla de todas las razas que chorrea fuegos sin número.

*Et les chevaux de frise écumaient sous la pluie.*

*O glauque jour où va le regiment de sites.*

*O tranchées, soeurs profondes des murailles.<sup>1</sup>*

Después de llegar a caballo hasta las líneas, con su pelotón de rondines y envuelto en vapores asfixiantes, el brigadier de la máscara ciega sonreía amorosamente al porvenir cuando un obús de grueso calibre le acertó en la cabeza, de donde salió, como una sangre pura, una Minerva triunfal.

¡De pie, todo el mundo, para recibir cortésmente a la victoria!

<sup>1</sup> *Y los caballos del friso espumaban bajo la lluvia.  
¡Oh!, día escalofriante en el que el regimiento deja el sitio.  
¡Oh trincheras!, profundas hermanas de las murallas.*



## Guillaume Apollinaire

*Roma, 1880 - 1918, París*

**Wilhelm Albert Włodzimierz Apolinary de Kostrowicki** nació en Roma. Su padre, un oficial italiano, abandonó a su familia cuando él tenía cinco años y su mamá, una aristócrata polaca, se afincó con él y su hermano **Esteban** en Mónaco, luego en Canes, Niza y finalmente, cuando el dinero se acabó, fueron a París para que los jovencitos pudieran trabajar. Pese a su formación clásica y a tener desde muy joven predilección por autores como **Balzac** y **Tólstoi**, fue un consumado transgresor cuyas excentricidades trascendieron la literatura.

Inventó los **caligramas** (en los que amalgamó la literatura y el dibujo) y acuñó el término “**surrealismo**”, que aparece por primera vez en el título de su obra teatral “*Las tetas de Tiresias (drama surrealista)*” (1917). Cuando le preguntaron qué significaba, él respondió: *Cuando el hombre quiso imitar el andar, inventó la rueda, que no se parece en nada a una pierna. Así hizo surrealismo sin saberlo.* **André Breton** recuperó el concepto y el vocablo en su manifiesto de 1924. En definitiva —y no solo por lo expuesto—, **Apollinaire** fue el personaje más influyente en el ambiente cultural parisino de principios del siglo XX.

*El poeta resucitado*, es un cuento extraño, de neto corte *surrealista*, que **Apollinaire** escribió en la trinchera, durante guerra, y luego incluyó en su libro “**El poeta asesinado**” (París, 1916), aunque no figura en el índice.